

con su triste manto. Seguíale el Silencio, y animales y aves se retiraban, ellos á sus guaridas, estas á sus nidos, todos enmudeciendo, ménos el vigilante ruiseñor, que empleaba la noche en ensayar sus amorosos é incesantes trinos. ¡Qué encanto tenia el silencio! Poblábase de resplandecientes zafiros la bóveda del firmamento; y Héspero, caudillo de la estrellada hueste, se distinguía por lo luminoso, hasta que apareciendo la luna, reina de pálida majestad, ostentó su incomparable brillo, y ahuyentó las tinieblas con su plateada luz.

Á este tiempo Adán conversaba así con Eva:—«Querida esposa mia: esta hora de la noche y los séres todos que se entregan al descanso, nos brindan con igual reposo. Para el hombre ha establecido Dios el trabajo y el descanso, como la alternativa del día y de la noche; y el rocío del sueño, que tan oportunamente hace sentir ahora su dulce peso á nuestros ojos, viene á cerrar nuestros párpados. Las demás criaturas que durante el día vagan ociosas y sin cuidado, tienen ménos necesidad de reposo, ménos que el hombre, que da ocupacion diaria á su cuerpo é inteligencia, en lo cual prueba su dignidad, y el galardón con que recompensa el cielo sus acciones, porque los otros animales no ejercitan así su actividad, ni Dios toma en cuenta lo que ejecutan. Mañana, ántes que la fresca aurora anuncie en el oriente la proximidad del día, deberemos levantarnos, y volver á nuestro agradable trabajo, aclarando aquella enramada, y más allá desembarazando las verdes calles por donde paseamos al medio día, pues nos estorbá la espesura del ramaje que esteriliza todas nuestras faenas, y que requiere más número de manos, si ha de atajarse su desmedida exuberancia; al paso que debemos también limpiar la tierra de las flores caídas y de las gomas que han destilado sobre ella, porque únicamente sirven para afearla y obstruirla, impidiéndonos caminar con facilidad. Entre tanto, la naturaleza quiere y la noche manda que descansemos.»

Á lo cual Eva, hermosísima criatura, respondió: «Dueño mio, de quien procedo: lo que tú mandes, obedeceré sumisa; Dios lo ha dispuesto así; Dios es mi ley, tú la mia, y en no excederse de ella consiste toda la ciencia, todo el mérito de la mujer. Embelánme tus palabras hasta el punto de hacerme olvidar el tiempo, sus mudanzas y el transcurso del día, porque contigo todo es igualmente agradable para mí. Agradable es el ambiente de la mañana, dulces sus albos y los primeros cánticos de las aves; hermoso el sol, cuando en este amenísimo jardín derrama sus orientales destellos sobre el césped, los árboles, los frutos, y las flores esmaltadas por el rocío; exhala aromas la tierra, fecundada por mansas

lloviznas, y es encantadora la paz de la tarde, como el silencio de la noche, en que sólo se oye la voz solemne de su cantor, y como la belleza de la luna y todas esas esmeraldas del cielo que forman su luminosa corte. Pero ni el fresco ambiente de la mañana, ni los primeros cantos de las aves, ni el sol que inunda este jardín ameno, ni los céspedes, frutos y flores esmaltadas por el rocío, ni el perfume que tras mansa llovizna embalsama la tierra, ni la apacible tarde y la deliciosa noche con su cantor solemne, ni el pasear á la luz de la luna ó á la trémula claridad de las estrellas, nada hay para mí tan dulce como tú mismo. Mas ¿porqué esos astros están luciendo toda la noche? ¿Para quién es ese magnífico espectáculo, si tiene cerrado el sueño todos los ojos?»

«Hija de Dios y el Hombre, Eva hermosa, replicó nuestro primer padre; esos astros que giran al rededor de la tierra, llevan de una en otra region su luz, que ha de alumbrar aún á naciones que todavía no existen, y que brilla apareciendo y ocultándose para evitar que la noche, envolviéndolo todo en su oscuridad, recobre su antiguo imperio y prive de la vida á toda la naturaleza. Y no sólo esparcen claridad esos templados astros, sino que con su benigno calor diferentemente graduado lo vivifican, calientan, templan y mantienen todo, ó comunican parte de su virtud interior á los demás séres, á todas las producciones de la tierra, disponiéndolas á recibir del sol con mayor eficacia su cabal acrecentamiento. Y aunque en la profunda noche falte quien los contemple, no por eso resplandecen en vano; porque no pienses que aun dado que el hombre no existiera, dejaría ese cielo de tener admiradores, ni Dios quien le tributase alabanzas; que mientras velamos, mientras dormimos; recorren invisibles la tierra millones de criaturas espirituales, y día y noche alaban sin cesar y contemplan las obras del Creador. ¡Cuántas veces desde la cumbre de la sonora montaña ó de lo interior de los bosques llegan á nosotros voces celestiales á la mitad de la noche, que ya solas, ya respondiéndose unas á otras, ensalzan al Omnipotente! Con frecuencia se oyen sus coros y nocturnas veladas, y al divino són de los instrumentos que acompañan sus melodías, media la noche su espacio, y se elevan al cielo nuestros pensamientos.»

Así iban los dos discurrendo, y asidos uno á otro de la mano, entran solos en su deliciosa gruta. Era un sitio elegido por el soberano Señor, y dispuesto de manera, que nada echase allí de ménos el Hombre de cuanto pudiera deleitarle. Formaban el laurel y mirto entrelazados una tupida bóveda de fuertes y olorosas hojas; el acanto y toda especie de arbustos aromáticos, un verde muro por uno y

otro lado, que adornaban como rico mosaico mil y mil flores brillantes, el iris con sus tornasoladas tintas, las rosas y el jazmin, unidas á sus esbeltos tallos. Los piés descansaban sobre un lecho de violetas, de azafran y de jacintos, que cubriendo el suelo como vistoso pavimento, hacian resaltar sus colores más vivos que los de las piedras más preciosas. Ninguna otra criatura, aves, cuadrúpedos ni reptiles, osaba acercarse allí: tal era el respeto que inspiraba el Hombre; y jamás se ideó mansion tan umbria, sagrada y solitaria que sirviese de templo al dios Pan ó á Silvano, ni á las Ninfas y Faunos, númenes de las selvas.

Allí, en aquel apartado retiro, entre flores, guirnaldas y perfumadas yerbas, se desposó Eva embelleciendo su lecho nupcial por primera vez; y los coros celestiales cantaron su himeneo el día en que su ángel tutelar la entregó á nuestro primer padre, más ataviada, más encantadora en medio de su desnudez que Pandora, en quien los dioses apuraron todos sus dones, cuando (¡oh fatal semejanza en la desventura!) cuando llevada por Hérmes al insensato hijo de Jafet, sedujo con sus dulces miradas al género humano para vengarse del que habia robado el primitivo fuego de Jove.

Llegado pues que hubieron á su umbrosa gruta, se detuvieron ambos, y volviendo los ojos al firmamento, adoraron al Dios que hizo la tierra, el aire, el cielo que estaban contemplando, el luciente globo de la luna y las estrellas que poblaban la azulada bóveda.

«Obra tuya es tambien la noche, Omnipotente Hacedor, y obra tuya el día que acaba de expirar y que hemos empleado en el trabajo que nos está prescrito, con la dicha de auxiliarnos y amarnos mutuamente, colmo de todos los bienes que nos otorgas. Este delicioso lugar es sobrado extenso para nosotros, y su abundancia tal, que no hay quien participe de ella, ni quien recoja cuanto su suelo da de sí; pero tú has prometido que de nosotros dos nacerá una raza que ha de llenar la tierra, y glorificar como nosotros tu infinita bondad, lo mismo cuando despertamos á la luz del día, que cuando, como ahora, aspiramos á gozar del sueño.»

Estas alabanzas pronunciaron los dos con unánime afecto, sin observar otro rito que una pura adoracion, que para Dios es el más agradable; y enlazadas las manos, entraron en su gruta, y se retiraron á lo más apartado de ella. No tuvieron que despojarse del molesto disfraz que nosotros vestimos, sino que yaciendo uno al lado de otro, Adán estrechó á su hermosa Eva, y ésta aceptó los misteriosos deberes que su santo vinculo le imponia. Dejemos que austeros hipócritas

encarezcan las perfecciones de la castidad, el respeto á los lugares sagrados y á la inocencia, y que condenen como impuro lo que Dios ha purificado, lo que prescribe á unos y lo que concede á la libertad de todos. El Señor manda que nos multipliquemos, y ¿quién sino el autor de nuestra ruina, el enemigo de Dios y el Hombre, puede obligarnos á lo contrario?

¡Salve, amor conyugal, misteriosa ley, origen verdadero de la vida humana, único don propio del Paraíso, en que todas las cosas eran comunes! Por ti se ven libres los hombres del adúltero furor que los iguala con los brutos; por ti fueron engendrados los dulces afectos que el cariño, la fidelidad, la justicia y la pureza establecieron por primera vez, y los sagrados vinculos de padre, hijo y hermano. ¿Cómo he de ver yo en ti nada de criminal ni vituperable, nada que sea indigno de la más santa morada, cuando eres fuente perpetua de doméstica ventura, tálamo candoroso y casto, en estos como en los pasados tiempos, y cuando gozaron de ti los santos y los patriarcas? En ti logra amor el acierto de sus doradas flechas; en ti luce su inextinguible antorcha y posa sus purpúreas alas; y en ti se ven cifrados sus encantos todos, no en las improvisadas caricias, en la sonrisa venal de falsas, insipidas é impúdicas mercenarias, ni en los cortesanos galanteos, festejos, mascaradas, músicas y bailes con que antojadizos amantes hacen gala de una pasion que más bien es digna de menosprecio. Estrechamente enlazados sus desnudos miembros, duermen ambos esposos al compás de los cantos con que les regalan los ruiseñores, y coronados por la lluvia de rosas que les renuevan los primeros albores de la mañana. Gozad de ese sueño, felices consortes, doblemente venturosos si no aspirais á mayor ventura, ni á saber más de lo que sabeis.

Ya la noche habia recorrido la mitad de su órbita sublunar, y el cono que su sombra forma llegaba á la mayor altura de la anchurosa bóveda celeste; y ya saliendo por la puerta de marfil, á la hora y con las armas que acostumbraban, se disponian los querubines á su nocturna ronda, desplegando aparato bélico, cuando dijo Gabriel al que más se acercaba á él en autoridad: «Llévate en pos, Uziel, la mitad de esa legion, y recorre en torno la parte del mediodia con la más cuidadosa vigilancia; que la otra mitad se dirija al norte, y dando nosotros la vuelta, nos reuniremos en el occidente.» Dividense con la rapidez de la llama, unos hácia el lado del escudo, otros hácia el de la lanza¹; y llamando el mismo Gabriel á dos

(1) Esto es, á derecha é izquierda, segun observa Hume, citando el texto de Tito Livio: *Declinare ad hastam vel ad scutum.*

ángeles que estaban á su lado y se distinguían por su denuedo y sagacidad, les dió la siguiente órden: «Id, Ituriel y Zefon, id á recorrer el Eden con toda la presteza que os sea posible; no dejéis de explorar rincon alguno, y sobre todo la mansion de aquellas dos bellisimas criaturas, que quizás en estos momentos están durmiendo, sin recelar de ningun peligro. Esta tarde, al declinar el sol, vino un Ángel á participarme que habia visto un espiritu infernal (¿quién habia de sospecharlo?) que escapándose del infierno, se encaminaba á este Paraiso, sin duda con algun propósito siniestro; y asi donde quiera que le halleis, apoderáos de él y traedle á mi presencia.»

No dijo más, y se puso delante de su brillante hueste, que eclipsaba el resplandor de la luna, mientras los dos ángeles se encaminaban directamente al sitio en que podían hallar á su Enemigo; y allí en efecto le encontraron bajo la forma de un sapo inmundo, agachado junto al oído de Eva. Por medio de esta diabólica astucia, procuraba insinuarse en los órganos de su imaginacion y sugerirle á su antojo mil ilusiones, sueños y devaneos, ó inspirándole su ponzoñoso aliento, inficionar sus espíritus vitales, nacidos de lo más puro de la sangre, como los vapores que exhala arroyuelo cristalino, y suscitar en su mente insensatos y desasosegados pensamientos, esperanzas vanas, propósitos ambiciosos, deseos inmoderados, henchidos de altivos conceptos, que dan origen á la soberbia.

Al descubrirle así Ituriel, tocóle ligeramente con el cabo de su lanza. No puede la impostura resistir el contacto de un arma celestial, y por fuerza tiene que recobrar su propia forma; como le aconteció á Satan, que se estremeció todo al verse descubierto y sorprendido; y á la manera que prende una chispa en el monton de pólvora acopiada para el almacen que se forma al menor indicio de guerra, y encendido el negro grano, estalla de repente é inflama el aire, no ménos pronto se levantó el odioso Enemigo en su natural figura. Dieron un paso atrás los ángeles al presentárseles tan súbitamente transformado el terrible rey; pero ajenos á todo temor, se acercaron á él, diciéndole: «¿Cuál eres tú de los espíritus rebeldes precipitados en el infierno? ¿Cómo te has evadido de allí, y por qué estás en acecho, obrando traidoramente, junto á la cabeza de los que duermen?»

«¡Ah! ¿no me conocéis? replicó Satan con desdenoso tono. ¿No sabéis quién soy? Pues bien me conocisteis en otro tiempo, cuando en vez de igualaros conmigo, reinaba yo allí, adonde no osabais encumbrar el vuelo. Desconocerme ahora, vale tanto como desconocerlos á vosotros mismos, que sois sin duda los últimos



LOS DOS ÁNGELES SE ENCAMINABAN EN BUSCA DE SU ENEMIGO.